

# Un duelo interminable

José Enrique Ruiz-Domènec

## PRÓLOGO

La batalla cultural no es una guerra ideológica: es mucho más. Es un debate de ideas para sostener un modelo de civilización. Por eso he creído que Un duelo interminable es el título apropiado para el presente libro que está orientado a describir la batalla cultural del largo siglo XX (1871-2021). Es una confesión al verme yo mismo como uno de los duelistas citados como testigos de este ejercicio intelectual de tan vastos horizontes. Desde los inicios en la primavera de 1871, coincidiendo con la Comuna de París, el aspecto de búsqueda de una razón de la historia se ha considerado con repetida insistencia: hace menos de un mes leí un libro dedicado a renovar la idea de Occidente y descubrí que era un producto más de una batalla cultural que no parece tener un final. De momento, me detengo a describir ciento cincuenta años llenos de una increíble animación por saber si la verdad anida en la vida humana y no es una ilusión necesaria a la hora de irnos a dormir y poder así soñar. Se trata por tanto de una época comparable, por su intensidad y repercusiones, a algunas otras, e igualmente perturbadora por los cambios profundos producidos en los diferentes planos de la realidad, desde la ecología a los juegos del

intercambio económico, desde la demografía a la técnica, desde el trabajo agrícola a la poética.

El paralelismo más atractivo con nuestro tiempo lo ofrece la época del gótico europeo, entre 1170-1320. Ciento cincuenta años también. Mientras que la batalla cultural entre 1871-2021 se centró en saber cómo se podía pasar de un concepto universal de inspiración hegeliana a la provincialización creada por los estudios culturales de las universidades estadounidenses, una idea opuesta llevó, setecientos años atrás, de la pluralidad de la cosmovisión basada en el orden feudal a la creación de un hábito mental único que sumaba filosofía escolástica, novela cortesana, espíritu de la caballería y arte gótico. Lo que significa que, a la inversa que entre nosotros, donde el saber se ha dividido en disciplinas cada vez más especializadas, punto de partida de una fase desintegradora que ha llegado a su exaltación tras la COVID-19, en los siglos XII y XIII los múltiples cosmos, que nunca habían concebido una civilización común, entraron en una agonía afanosa y unieron todas las propuestas en una manifestación del espíritu humano que va desde la catedral de Chartres a la Divina comedia de Dante.

Vicisitudes análogas, aunque con destinos opuestos y sin embargo similares: tanto entonces como ahora germinaron organismos nuevos sobre un horizonte abierto al futuro que exige el derrumbe de lo antiguo. Nadie permaneció sin temblor en el ánimo: la vida en ambos casos se agitó entre lo viejo y lo nuevo, entre el desencanto y la esperanza. Por ello, ante los llamados a seguir el curso de los acontecimientos, se propone una pregunta crucial: ¿el desafío tendrá una respuesta a su altura? Aquí está la génesis de la idea que ha motivado este libro, coincidente con la observación del poeta del siglo XII Bernardo Silvestre cuando argumentó que

el cosmos es un ser vivo dotado de alma. Pero, en el caso del origen del gótico, hay un personaje central al que se le canta con respeto, la naturaleza, que contiene todos los misterios a desvelar. Una admonición que incluye la clave para la interpretación de la actitud actual sobre la necesidad de salvaguardar lo único que merece la pena de todo lo que tenemos, y eso no es otra cosa que una naturaleza sostenida por el respeto y no por la codicia. Por eso también puede resultar interesante la comparación de los ciento cincuenta años de cultura occidental aquí estudiados con la crisis del Imperio romano, tantas veces citada, que se extiende desde la batalla de Adrianópolis el 378 (el Sedán de los romanos) hasta el 529, cuando el emperador bizantino Justiniano ordenó cerrar la Academia de Atenas. En total, también ciento cincuenta años.

El paso de un Estado universal regido por la controvertida dinastía de los Valentinianos a los pequeños Estados bárbaros fue acompañado de una intensa batalla cultural entre quienes consideraron la nueva época una decadencia de los valores clásicos y quienes la veían como una remodelación de lo antiguo en lo nuevo. La interpretación dada por el historiador Amiano Marcelino a la crisis que sacudió de la cabeza a los pies el Imperio romano, creador de altos valores literarios y artísticos, miraba, pues, al pasado. Él creyó encontrar las causas del ocaso en la corrupción de la clase dirigente, de los terratenientes, sobre todo, sostenidos por el régimen del colonato (una esclavitud rural disimulada); y advertía que el triunfo de los reyes bárbaros se debía a su afán de poner fin a las injusticias, restituyendo el orden natural al trabajo agrícola y obligando a la clase senatorial a renunciar a sus enormes privilegios en bien de una administración al servicio del Estado.

La idea de un imperio universal, que los Valentinianos no pudieron aplicar en Occidente entre 378-529, es la idea que el Oriente bizantino realizó, a través de los siglos, en varias formas de gobernanza, desde la ciudad de Constantinopla hasta 1453 y, después de ella, desde Moscú, con las dinastías de los Ruríkidas y de los Románov hasta 1917; la misma que quiso consolidar la dinastía de los Omeyas, primero desde Damasco y luego desde Córdoba, como una estructura fiscal y administrativa encajada en las ciudades-estado y en las naciones del mar Mediterráneo. En el odio o en el amor, era el sentido de la batalla cultural lo que dio sentido al curso de los acontecimientos cada vez que se planteaba el motivo por el que el emperador Valente fue derrotado en Adrianópolis y el godo Alarico saqueó Roma. Así, en la memoria social de quienes viven del legado clásico, la caída de Roma constituye el referente ideal para valorar las formas antiguas que dan paso a las nuevas.

El legado clásico me proporciona un tercer momento comparativo: los ciento cincuenta años que le fueron dados a la cultura barroca europea para demostrar las posibilidades de una armonía universal: entre 1648, con la firma del tratado de Westfalia que puso fin a la guerra de los Treinta Años, y 1789, con la agitación política en la Sala del Juego de la Pelota de Versalles que anunciaba una revolución a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad como principios políticos. A través de la música de Purcell o Bach, de la pintura de Velázquez o Rembrandt, de la filosofía de Descartes o Leibniz, de la literatura de Gracián o Molière, de la física de Newton o Laplace, o de la historia de Vico o Voltaire, se alcanzó la conciencia estética de que todo lo que vendría después no dejaría de ser un largo crepúsculo. Cuando sostenían esa inigualable cultura las casas ducales

italianas, alemanas, austriacas o danesas en competencia con las cortes de los reyes de Francia, España, Inglaterra, Nápoles, Sajonia o Prusia. Pero por la avidez intelectual del siglo XVIII, próximo a llegar tras la Revolución inglesa de 1688 y último de esta época de armonía universal, los ilustrados, con triste culpa, violaron las ideas sintetizadas en la Encyclopédie...